

**Lluís Prats**

# **QUERIDO MONSTRUO**

**Ilustraciones de Laia Pàmpol**



**laGalera**

«Westley y yo estamos unidos por el lazo del amor  
y esta es una cosa que no podéis rastrear ni con mil perros,  
una cosa que no podréis deshacer ni con mil espadas.»

William Goldman en *La princesa prometida*

# 1

**T**odo el mundo sabe que los ogros y los monstruos aparecen a traición. A menudo durante noches de ventiscas heladas y acompañados de gritos escalofriantes.

Los hay que tienen panzas descomunales, brazos largos y peludos, y son tan feroces que espantan a cualquier persona o animal.

Los hay que han venido de parajes muy lejanos y otros que solo aparecen en sueños.

El que yo conocí no pertenecía a ninguna de estas categorías y lo vi por primera vez una tarde de octubre después de comer.

Yo estaba con la nariz pegada a la ventana observando cómo las gotas de lluvia resbalaban por los troncos de los árboles. Entonces se abrió ligeramente la puerta de la habitación y apareció mi madre.

—Mira quién ha venido a visitarte —me dijo.

—¿Olga? —me ilusioné.

No, no era mi amiga de la escuela. Era la abuela Pepita, que me saludaba con aquella sonrisa beatífica que le hinchaba los mofletes.

—Hola, ratoncito, ¿cómo estás de la gripe?

Aquello de «ratoncito», «chiquitín» o «pimpollo» era típico de mi abuela. Seguro que a nadie de mi clase le llamaban cosas como aquellas, pero no me quejé. La abuela me gustaba incluso cuando me estrujaba y terminaba oliendo a agua de lavanda.

—Mu-mu-muy bien, yaya —le respondí tropezándome como de costumbre.

—A ver... deja que vea esta carita —dijo ella—. ¡Uy, sí! Parece que estás mucho mejor.

Yo seguí con los ojos clavados en la ventana. La abuela Pepita se sentó en mi cama y dio unos golpecitos en el colchón para que yo lo hiciera a su lado.

—Ahora que ha llegado la abuela me voy a comprar, Abel —aprovechó para decirme mi madre.

—Ve, niña, ve —dijo la abuela que a continuación se giró hacia mí—. ¿Quieres que te cuente un cuento? ¡Uy! Ya veo que no. ¿Miramos por la ventana? De pequeño... ahora ya no porque eres muy mayor, pero de pequeño jugábamos a adivinar qué veíamos, ¿te acuerdas?

Me encogí de hombros.

—Ya no llueve. Quizás hasta salga el sol —dijo.

La abuela no se rendía fácilmente. Sabía que todo eso de los fenómenos atmosféricos me gustaba, pero yo puse cara de aburrimiento.

—Bueno —me dijo—, con este artilugio encima de la mesa no podremos ver nada.

Se levantó de la cama y cogió el Halcón Milenario de LEGO que tenía en el escritorio.

—Yaya, po-po-por favor, no lo to-to-toques porque está c-c-casi termina...

¡Crac!

—N-n-no, por favor, abuela, he t-t-tardado más de...

¡Cric!

—¡Uy! ¿Este ruido significa que se ha roto otra pieza, pimpollo? ¿Esto dónde iba?

—Da igual, de-de-déjalo encima de la m-m-mesa.

¡Croc!

—¿Y esto que también se ha despegado? ¿Era un brazo o una pierna?

Media nave menos más tarde la abuela se sentó en la cama y me puso la mano en la frente.

—Perfecto —dijo al comprobar que no me había subido la fiebre.

Durante un buen rato los dos miramos por la ventana en silencio.

—¿Qué es aquello? —me preguntó señalando las nubes.

—Un ci-ci-cirrocúmulo, abuela.

—¡Ah! ¿Y aquello?

—Un ci-ci-cirro. Es más p-p-pequeño y más chato.

La abuela suspiró y yo clavé los ojos en el caserón que se levantaba al final de la calle, justo donde terminaban los plataneros dorados, cerca del bosquecito de Bellavista.

Un día lejano había sido blanco, pero en aquellos momentos era de un color gris triste. Tenía dos pisos y en cada uno dos ventanas. De su fachada sobresalía un pequeño porche al que se accedía por los tres escalones que nacían en el pequeño jardín que daba a la calle. Del tejado emergía una chimenea ennegrecida por el humo.

En tercero de primaria, Éric y Joel me habían dicho que allí vivía un ogro terrible y que, si no andaba con cuidado, una noche entraría por mi ventana y se me zamparía, con huesos y todo.

La verdad sea dicha, yo procuraba mirar poco hacia allí, pero he de confesar que algunas noches había tenido pesadillas y hasta había mojado las sábanas.

—¡Uy! ¡Qué casualidad! —me distrajo la abuela sacando del bolso un estuche de cuero—. Mira qué traigo hoy.

En el interior estaban los anteojos que usaba cuando iba al teatro.

—¿Me los dejas? —le pedí enseguida.

Me los colgué del cuello, ajusté los ojos a los oculares y los enfoqué hacia la puerta agrietada del caserón.

Las cortinas de las ventanas de la planta baja estaban medio abiertas. Las luces apagadas y todo oscuro, pero dentro se adivinaba una mesa de comedor alargada, un sofá y una librería.

Entonces dirigí los anteojos lentamente hacia el piso superior. Las ramas de un viejo roble arañaban una de las ventanas como si fueran los dedos de un esqueleto. Tenía las cortinas abiertas, pero dentro parecía que no había nadie.

—¿Ves algo interesante, cariño? —me preguntó la abuela.

—Nada.

De repente una sombra cruzó por delante del campo de visión de los prismáticos y moví la ruedecilla para enfocarlos.

Al ver lo que tenía enfrente, un escalofrío me recorrió la espalda. Me aparté de la ventana aterrorizado y me escondí debajo de las sábanas.

—¿Qué te pasa, pichoncito? —me preguntó la abuela al notar que temblaba.

—He visto al... al mo-mo-monstruo —tartamudeé.

—¿A quién? —se extrañó la abuela—. ¿Un monstruo dices? ¿No sería alguien que llevaba una máscara como esas que usan los artistas de teatro?

—No. E-e-era... ¡era un mo-mo-monstruo de verdad!

Durante un instante una cara espantosa había llenado todo el hueco de la ventana. Tenía la frente abultada, la mandíbula enorme y por las sienes le bajaban cuatro pelos. Aunque lo peor eran los ojos. Y por un momento, me pareció que se clavaban en los míos.

Éric y Joel tenían razón: ¡en el caserón del final de la calle vivía un ogro gigante!

Un minuto más tarde me recuperé del susto y saqué la cabeza por encima de las sábanas. Recogí los anteojos y los enfoqué hacia aquella ventana, pero el monstruo había cerrado las cortinas.

Lo intenté durante un rato y me pareció que detrás se movía una sombra, pero no le vi más.

Al poco tiempo se abrió la puerta de la habitación. Mi madre había regresado del supermercado.

—¡Le he v-v-visto! —le dije enseguida.

—¿Qué dices que has visto? —se sorprendió ella.

—Al mo-mo-monstruo que vive en la c-c-casa del final de la calle.

—Me parece que este ratoncito aún tiene un poco





de fiebre —sonrió la abuela guardando los prismáticos.

Mi madre me arregló la colcha y me puso una mano en la frente.

—Allí no vive ningún monstruo, Abel —me dijo con dulzura—. Allí viven los Invierno y tienen un hijo enfermo, el pobre...

—¿Cómo de en-en-enfermo? ¿Como yo?

—No. Mucho más. Lleva muchos años delicado de salud y nunca sale de casa.

—¿Y se le p-p-puede ver?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no es una atracción de feria.

—Era un mo-mo-monstruo g-g-gigante, mamá. Te lo p-p-prometo. ¡Su cara ha llenado toda la ve-ve-ventana! Tiene la cara a-a-así de grande —dije abriendo los brazos.

—Allí no vive ningún monstruo —me repitió ella mientras bajaba por las escaleras para acompañar a la abuela que se marchaba.

Pero mi madre se equivocaba. Todo el mundo sabe que en las casas viejas y ruinosas viven monstruos o vampiros, o fantasmas, o las tres cosas juntas. Y al final de mi calle, en aquel caserón de ventanas agrietadas, vivía un monstruo horroroso, y lo peor de todo era que había descubierto que le espiaba.